



editorial**foc**

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás declaramos que esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.5 España, no nos reservamos todos los derechos y autorizamos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra siempre y cuando: sea sin ánimo lucrativo, se respete la autoría y se distribuya bajo la misma licencia.



ISBN: 978-84-15634-10-2
© Andrés Lomeña, 2013
© Editorial Foc S.L, 2013
Diseño de Cubierta: Sandra García

ÍNDICE

Introducción: La metáfora viva.

- 1: Geert Lovink
- 2: Richard Barbrook

Capítulo 1: Cronistas de la cibercultura.

- 3: José Luis Molinuevo
- 4: Andoni Alonso e Iñaki Arzoz

Capítulo 2: El ciberespacio como artefacto literario.

- 5: Stuart Moulthrop
- 6: George Landow

Capítulo 3: Interregno.

- 7: Mark Dery
- 8: Roy Ascott
- 9: Bruce Sterling
- 10: Michael Schudson

Capítulo 4: La querrela entre tecnófobos y tecnófilos.

- 11: Dave Pearce y Nick Bostrom
- 12: John Zerzan

Capítulo 5: Idealismo pragmático.

- 13: Richard Stallman
- 14: Mark Deuze

Capítulo 6: La metalepsis en la cultura tecnológica.

- 15: Henry Jenkins
- 16: Langdon Winner
- 17: Steven Jones

Epílogo: Una poética para la era digital, de Antonio Penedo Picos

Introducción: la metáfora viva.

El ciberespacio, frágil alegoría del libre albedrío en la era de la información, tomó impulso gracias a la literatura especulativa; la ciencia ficción de los ochenta acuñó el término y prefiguró el fenómeno de Internet. El ciberespacio fue descrito como una alucinación consensuada, el puente imaginario entre dos o más personas con la intención de comunicarse. La novela *Neuromante* ha sido, sin demasiada discusión, la joya de la corona por su aguda descripción del mundo digital. Desde entonces, la red, Internet y el ciberespacio han servido como una valiosa metáfora para hablar de las relaciones entre la alta tecnología y la sociedad, o dicho de una manera más general y problemática: entre humanos y no humanos.

La red de redes brilla como una metáfora viva, palpitante: agoniza o rejuvenece, es pasto de las llamas o presume de una salud formidable. Internet no es un fenómeno estático, sino dinámico y hasta caótico. Las descripciones de la red son cambiantes, metáforas putrefactas (Internet como autopista de la información) transformadas en imágenes consolidadas (Internet como navegación) o sin madurar (Internet como inteligencia colectiva). Estas narraciones se ven afectadas por los acontecimientos sociales: Internet funcionó en los noventa como metáfora del estado de anarquía porque las ideas aterrizaron antes que el libre mercado y apenas se legisló durante su nacimiento. Asimismo, Internet acogió la ensoñación de una nueva democracia, la digital, porque ciertos fracasos políticos renacieron en la telaraña digital. Internet es, ante todo, un espléndido laboratorio de filosofía política.

Hay un rico telón de fondo si desenterramos las incontables batallas virtuales: la ideología se derrama por la infinita extensión de Internet. La filosofía recupera sus dilemas sobre el cuerpo y el alma; la ciencia política evalúa el impacto de las redes como forma de no dominación y la antropología bucea en nuevas etnografías digitales. El ciberespacio acoge en su seno el intercambio altruista a la vez que se erigen celosos guardianes de los negocios, las patentes y los derechos de copia. Internet es un cajón de sastre: ora un salvavidas de la comunicación, ora una creación alienante por la polución informativa. En cualquier caso, el asombro causado por las nuevas tecnologías está fuera de toda duda.

Crónicas del ciberespacio es una introducción fragmentaria sobre los ideólogos de la tecnocultura. El germen del proyecto es mi propia insolencia, pues en mis años de formación periodística me topé con demasiadas torpezas y banalidades sobre Internet. Mi posición parecía privilegiada si tenemos en cuenta que conocí la red cuando Infovía se postulaba como una alternativa a Internet, mucho antes de las tarifas planas y en un periodo en el que Usenet

(los grupos de noticias) abanderaba una esperada revolución del conocimiento. Mi experiencia en Internet aún recuerda la incompatibilidad inicial entre el uso del teléfono fijo y la navegación en la malla digital de manera simultánea. El correo electrónico era una práctica extravagante. Quizás por este contacto algo prematuro con el ciberespacio quise relatar una suerte de vivencia prenatal para quienes llegaron a Internet en la época del cable y las conexiones ADSL.

En primer lugar, Internet era un enjambre de ideas en curso y tecnologías en fases de prueba, una estructura proteica difícil de capturar en una instantánea. No tenía sentido hablar de la red sin hacer mención al mundo de la informática, y así mis esfuerzos por cristalizar una imagen de Internet se fueron disolviendo; el ciberespacio desbordaba cualquier idea de límite. Además, mi intención era compartir cómo las nuevas tecnologías habían cambiado nuestra vida social. En este sentido mi experiencia personal era irrelevante. Frustrada mi intención inicial, perseguí un objetivo más ambicioso e insensato: comprender el ciberespacio, descifrar (si las hay) leyes subyacentes en nuestras formas de relación con las tecnologías. El ciberespacio ya no era demasiado grande, sino demasiado pequeño. La cibercultura parecía un concepto mucho más operativo.

Finalmente, yo buscaba una historia universal de la tecnología con sus repercusiones sociales, económicas, políticas y filosóficas. Encontré respuestas satisfactorias a mis inquietudes en un nivel macro (*Ciencia y técnica como ideología* de Jürgen Habermas fue un primer hallazgo). Sin embargo, los análisis micro me seguían pareciendo desaprovechados e insustanciales. De modo que la respuesta debía estar en un estudio «meso», es decir, intermedio. He aquí el resultado desigual de este esfuerzo.

Este libro, vale la pena repetirlo, trata sobre los pensadores de las tecnologías. También sobre las fantasías arborescentes de estos valedores y críticos contumaces. Las crónicas toman parte en el debate sin negar el mérito de unos y otros. Cada capítulo contiene las entrevistas que realicé y las declaraciones de estos grandes personajes sirven para discernir qué está en juego en esta guerra de percepciones. Sólo he dado un poco de cohesión al material que había recopilado por puro placer. Más tarde, gracias a los consejos de mis allegados, decidí reunirlos bajo una tecnología tradicional cuya seducción se mantiene intacta: el libro.

Mi fascinación por las posibilidades de las nuevas tecnologías no debería comprometer el diagnóstico de nuestra época; la alta tecnología lleva aparejada una interminable sucesión de problemas sociopolíticos. Decir que la tecnología es neutra o inocua es un infantilismo pueril, cuando no una afirmación cínica o de mala fe. Los artefactos condicionan los modos de vida

presentes y futuros. No obstante, tampoco debemos caer en el maniqueísmo: no hemos llegado hasta aquí para publicar un veredicto sobre si las tecnologías son moralmente buenas o malas. De ninguna manera.

Esta compilación de entrevistas tiene sentido con estas premisas. La primera es ciertamente postmoderna: hay una transición teórica que ha dejado el determinismo económico en un segundo plano para centrarse en el determinismo tecnológico. Como se comenta en Internet a la manera de Andy Warhol: «En el futuro todos tendrán sus quince megas de fama». Escapar de la cultura significa aquí huir de la civilización tecnológicamente avanzada.

La segunda premisa amplía el bosquejo sobre el proceso civilizatorio. La sociología constata tres pasos de gigante: la transición de la sociedad agraria a la sociedad industrial, y de ésta a la postindustrial. Sin embargo, ya se propone un nuevo esquema de transición: si el antropocentrismo vino a sustituir al teocentrismo (los humanos expulsamos a los dioses), ahora nos precipitamos hacia un recién nacido biocentrismo (la vida como centro y medida de todas las cosas; el ecologismo y el vegetarianismo serían dos ramas visibles de esta situación). Por eso podemos verificar un giro inquietante desde el humanismo clásico hacia el posthumanismo; el individuo ya no es el ombligo del universo y tampoco hemos repatriado a los antiguos dioses. La sociedad empieza a conceder una nueva ontología al resto de los seres vivos, e incluso a los seres inertes.

La última premisa completa el suelo filosófico del párrafo anterior. Hace varios siglos hubo un parto múltiple: la aparición de la modernidad coincidió con la aparición del método científico. Como narra el escritor holandés Harry Mulisch en su descomunal novela *El descubrimiento del Cielo*, el colectivo humano hizo un pacto fáustico en el siglo XVII: vendimos nuestra alma a cambio del progreso. Nació el espíritu de la modernidad, más tarde respaldado por la Ilustración. La ciencia provocaría la retirada de los dioses para siempre. Francis Bacon es la figura que escoge Mulisch para esta apuesta por el humanismo (un científico con leyenda: él habría escrito los dramas de Shakespeare, además de su contribución real al empirismo). En aquel momento nos quedamos verdaderamente solos. Desde entonces, el ser humano es un organismo autooperable. Ya no hay instancias externas que nos ayuden. Sólo poseemos la razón, las luces, la inteligencia. Ahora Occidente construye prótesis (las tecnologías) para reparar a sus miembros y aumentar las capacidades humanas. En resumen, todavía no hemos salido de la modernidad, aunque como asegura el pensador francés Bruno Latour, no sin cierta ironía, nunca fuimos verdaderamente modernos.

Debo advertir sobre el revestimiento idólatra de las entrevistas, en parte porque no comento las opiniones de los entrevistados, sino que las traslado al papel punto por punto. Prevalece la admiración por estos cronistas y ese sesgo puede descompensar mis propias conclusiones. Léase esta cautela del siguiente modo: Internet o los ordenadores no están en deuda con figuras ilustres como Nicholas Negroponte, Marvin Minsky o Michael Dertouzos. El milagro de la computación, como me contestaría el informático Andrew Tanenbaum, se debe al esfuerzo continuado de miles de científicos, programadores y *hackers*.

Por otro lado, ha surgido una tensión difícilmente conciliable para los mitógrafos de la cibercultura: la tecnología como salvación o la tecnología como desastre. Detrás de esta polémica se esconde otro debate mucho más antiguo, el de la idea de progreso como realidad o como ilusión. Asumiendo que el progreso (social, técnico o económico) fuera una realidad, cabe preguntarse si es una realidad para todos o sólo para unos pocos.

La red recoge el guante de estas discusiones. Internet triunfa porque es un lugar volcánico: increíbles erupciones salpican las interminables cadenas de humanos con acceso al ciberespacio. Internet es un aparato del capitalismo tardío que trabaja por y contra el propio capitalismo, todo a un tiempo. Refleja las contradicciones de la mundialización, creando armas de doble filo, porque es un producto de la imparable globalización. No esperemos el oxímoron de una red tranquila y en continuo movimiento; aquí el orden y el caos se arremolinan como maelstroms.

Internet, como nuestras sociedades en general, apenas puede asimilar la velocidad de los cambios. La cibercultura quiere llamar la atención sobre el frenesí del cambio. El filósofo francés Paul Virilio es aquí nuestro mayor emisario. Él observa el mundo a partir de la dromología, esto es, la lógica de la velocidad. Todo se acelera hasta el accidente, tanto si hablamos de medios de transporte como de comunicaciones. Para Virilio, el invento del barco trajo consigo el naufragio. Y el aumento irracional de la velocidad de computación debería advertirnos del peligro de un nuevo fascismo de las comunicaciones; como él mismo indica, la utopía de Hitler incluía grandes autopistas. Esta alusión, que puede parecer desproporcionada y aberrante, nos recuerda que la tecnocracia fue el caldo de cultivo de los totalitarismos. El asalto a la razón vino de la mano de la propia razón instrumental. Ahora sabemos que la cibercultura es indivisible de la velocidad.

El cataclismo que preconiza Virilio no está ausente de cierta escatología cristiana. El apocalipsis bíblico llegará en forma de apocalipsis tecnológico. A pesar de esto, Virilio acierta cuando señala que Internet es un aparato

publicitario sobre la pérdida de liderazgo. Nos hacemos inviolables en el reino virtual porque hemos perdido poder en el terreno material.

Quiero traer a colación un texto de gran repercusión en Internet: la Declaración de Independencia del Ciberespacio, publicada en 1996 por el activista de los derechos digitales John Perry Barlow. El texto, breve y poético, señala que el ciberespacio es el nuevo hogar de la mente, donde el mundo industrial no tiene cabida; un lugar sin gobierno, cuya única autoridad es la libertad. Una utopía hecha añicos por su propia ingenuidad. Internet por sí misma no impide el control, la mentira, el condicionamiento y la censura. El mundo industrial también tiene voz en el falso paraíso de ceros y unos. La Declaración de Independencia del Ciberespacio fue un proyecto ilusionante, pero fallido.

El ciberespacio no salvará a nadie. Nosotros tampoco salvaremos el ciberespacio. Será suficiente si lo mantenemos con vida.

Estas crónicas son una mezcla indisociable de historia y literatura. El ciberespacio es un *aleph* borgiano, es decir, un punto donde todo está contenido, desde donde emana un ingente caudal de información, símbolos y sueños. Como en la parábola del filósofo alemán Peter Sloterdijk, provenimos de Necesitania, continente en que todo era necesidad, y hemos madurado hasta Posibilitania, un continente en que todo es posibilidad. Antes el peligro era la escasez, ahora el enemigo es la abundancia. Internet, en su opulencia, ha cegado a quienes se han acercado demasiado.

Mi propuesta es entender Internet y la cibercultura como un espacio intermedio entre la literatura y la ciencia, esto es, comprender Internet como un artefacto literario. La historia de Internet y de los ordenadores, al igual que la historia en general, no escapa a los recursos literarios del historiador. Como nos enseña Hayden White, el texto histórico también usa los tropos (metáfora, sinécdoque, hipérbole, etcétera) de la literatura. Las narraciones, históricas o literarias, tampoco escapan a la idea abstracta de género: romance, comedia, tragedia o sátira. Historiar la red significa construir un relato.

El género de estas páginas es más épico que paródico. Creo en los héroes que construyen y defienden esta fortaleza de ideas llamada Internet. En la red de redes encontraremos mercenarios, falsos profetas, bufones y locos hidalgos. Yo he seleccionado, principalmente, a los bardos que cantan las gestas.

Por último, quiero añadir que la interpretación del ciberespacio es más una cuestión de paladar que de estómago. No podemos digerir todo lo que hay en la red. Sin embargo, podemos saborear y oler tendencias, anhelos y resentimientos.

Parafraseando a Susan Sontag a propósito del arte: en lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del ciberespacio. [...]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en
www.editorialfoc.me